

## LA FEA BURGUESÍA O LA INFINITUD DE ROSTROS DE LA ACTUALIDAD

María del Carmen Carrión Pujante

El día 4 de Octubre se defendía en el Hemiciclo de la Facultad de Letras de la Universidad de Murcia, coincidiendo con el 75 aniversario del nacimiento del escritor Miguel Espinosa Gironés, la tesis doctoral titulada “La mirada fenomenológica de Miguel Espinosa: Los personajes de *La fea burguesía*”, dirigida por el profesor Eloy Sánchez Rosillo y presentada por María del Carmen Carrión Pujante. No pudo ser más oportuna y afortunada la ocasión para la defensa del mencionado trabajo de investigación. Las palabras allí pronunciadas se convirtieron en sentido homenaje a Miguel Espinosa, homenaje al que se sumaron con su inestimable presencia en el acto, personas como José López Martí, amigo íntimo del escritor (en este caso tendríamos que hablar no sólo de persona, sino de personaje), Soren Peñalver, Francisco Sánchez Bautista y Santiago Delgado. Sin olvidar la actuación como miembros del tribunal de Pedro García Montalvo y Antonio Campillo.

Gracias al análisis realizado de las criaturas de ficción espinosianas y de otros aspectos de *La fea burguesía* hemos podido llegar a una serie de conclusiones.

En esta obra el autor elabora una descripción minuciosa de los personajes que protagonizan sus relatos, mas sin caer en ningún momento en el particularismo; todo lo contrario, los burgueses, objeto de estudio común a los cinco relatos de *La fea burguesía*, de la misma manera que los marginados, son caracterizados sustancialmente. Por lo tanto, se perfila la

imagen no de seres concretos, sino de toda una forma de vida, la imperante en la actualidad del autor, pero también en la pasada y, con plena seguridad, en la futura.

Aunque todos los personajes burgueses posean idéntica naturaleza, Miguel Espinosa acentúa, en unos o en otros, determinados rasgos, que serán los que los caractericen de manera peculiar. De Cipriano Castillejo (personaje que no podía ser sino de “Clase media”) destacará la intuición que de su mediocridad padece de forma intensa y atormentadora, aunque transitoria y fugaz. La pareja formada por Clavero y Pilar representa, por otra parte, la inclinación por lo actual propia de la clase acomodada, que no desea ser consciente del carácter histórico del tiempo y de la existencia humana. De una figura como Krensler hace notorias, sin lugar a dudas, la soberbia y la crueldad con la que trata a los marginados; además, este personaje se convierte en paradigma del ser que surge por negación de otros. La unión estrecha de los burgueses con la materialidad como forma de aferrarse a la vida y negar la muerte y el transcurrir imparable de los días está representada por Paracel y Purificación, que no querrán contemplarse como seres que en un futuro próximo pertenecerán al pasado. Ya en “Camilo y Clotilde” encontramos al grupo formado por Godínez, Lanosa y José López Martí; en ellos comparece la inteligencia, la necesidad de enjuiciamiento y el amor a la verdad, lo que les instala irremediabilmente en el ámbito de la marginación social y de la crítica al Poder y a sus representantes. Los tres personajes citados se constituyen en manifestación del espíritu frente a la materia, de la esencia frente a la apariencia y de lo constante frente a lo efímero.

Pero entre todos los personajes de *La fea burguesía* merece una especial mención el gozante Camilo, dadas sus singulares características

configuratorias. En él confluyen la mayoría de los rasgos que fueron asignados a los burgueses de “Clase media”, alguno de los cuales se ha acentuado o ha sufrido algún tipo de transformación. No obstante, también posee el diplomático cualidades que no son propias de ningún otro acomodado, al menos, de los que desfilaron por la primera parte de la obra y de aquellos que le rodean en la segunda. Camilo está dotado de atributos que no son comunes entre los integrantes de su clase social; nos referimos, especialmente a su inteligencia y, en particular, a su capacidad de reflexión y de objetivización de sí mismo y de sus iguales. Para exponer su análisis del ser burgués y, por lo tanto, de sí mismo, necesita estar dotado de gran cinismo y sentirse amparado por una plena impunidad. La impunidad y el cinismo son representativos del personaje, pues se dan en él con gran intensidad. Y es que son sus propias palabras las que ponen al descubierto, sin pudor, el odio que siente hacia los marginados, el irracional culto que rinde a la materialidad y al prestigio, y el carácter servil de su persona y de los otros acomodados.

También es digna de mención la crítica a las instituciones que Miguel Espinosa hace en su obra, instituciones tan fundamentales como la Iglesia, la Universidad y el Estado, cuya estructura sería necesario eliminar para que pudieran producirse cambios en la conciencia social. Mas, como aquello es prácticamente imposible, también lo es esto. El Estado aparece representado, sobre todo, por los burgueses de “Clase gozante”, que son, en muchos casos, miembros destacados de su estructura. Por otra parte, la crítica a la Iglesia se hace manifiesta, por ejemplo, en el retrato de esos acomodados que son miembros de una “secta católica” denominada “Causa de Dios”. No obstante, no debemos pensar que la censura a la Iglesia como institución implica otra al cristianismo; muy al contrario, en *La fea burguesía* se percibe con claridad la profunda admiración que Miguel

Espinosa sentía por la figura de Jesucristo y por sus enseñanzas. Es más, en esta obra el componente cristiano predominará sobre el pagano, aunque ambos se den en sus páginas integrándose en un todo superior. Será la Universidad como institución del saber al servicio del Poder la que reciba una de las críticas más severas por parte del escritor; de ahí que la figura del catedrático sea abordada, siempre de manera negativa, en reiteradas ocasiones a través de distintos personajes, ya sea en “Clase media” o en “Clase gozante”.

El estudio pormenorizado que hemos realizado también nos permite negar el carácter maniqueísta del que ha sido acusada *La fea burguesía* por algunos críticos. Es cierto que en un principio podemos ver en la obra un juicio o clasificación maniquea del mundo; no es posible negar que hay unos personajes que responden a la ética y otros que no. Mas semejante distinción se supera y anula al comprender que en la obra se contempla el mundo en la obra desde el punto de vista del misterio y teniendo en cuenta el concepto de seriedad irónica; todos los personajes, en definitiva, forman parte del mundo, todos han sido creados. En este sentido, también hemos de afirmar que Miguel Espinosa no nos hace contemplar a los burgueses como seres extraños o monstruosos, sino como personas peligrosamente cercanas a nosotros, quizá reflejos de nosotros mismos. El hecho de que el autor los observe y analice desde una perspectiva extraña no le impide retratarlos como cotidianidad. Es necesario pues, diferenciar el método o perspectiva de análisis y su objeto.

En su libro *Miguel Espinosa. Poder, marginalidad y lenguaje*, José Ignacio Moraza intenta deslegitimar el discurso literario de Miguel Espinosa, pretendiendo llamar la atención sobre la que él considera su carencia de objetividad. Y es que para Moraza parece ser igualmente

censurable el lenguaje que defiende la mentira y aquel que defiende la verdad, ya que ambos serían ideológicos y servirían intereses. Según este planteamiento, el propio discurso de Moraza y su obra también carecerían de legitimidad, al ser subjetivos, pues no existe ningún discurso sea absolutamente objetivo; sólo lo sería el de Dios. Pero nosotros nos preguntamos, ¿cómo puede merecer la misma consideración la palabra que reivindica la verdad que aquella con la que se realiza una apología de la falsedad? Miguel Espinosa es un autor comprometido con la verdad y con otros principios que él considera que superan lo concreto, y que son, por lo tanto, absolutos, razón por la que han de defenderse; el escritor es un ser consecuente hasta el final en su conducta y en su escritura. Moraza niega la legitimidad y, hasta incluso, la existencia de unos principios que deban actuar como punto de referencia constante para el hombre, con lo que mantiene una actitud propiamente burguesa de relativismo.

A pesar de que el lenguaje haya sido instrumentalizado por la casta dominante a favor de sus intereses mundanos casi de manera exclusiva (a excepción de algunos marginados reflexivos) y de que ya no sea manifestación del Logos, sino de la materia, hay que seguir recurriendo a la palabra, pero a la palabra que nos lleva a la reflexión. Aunque la realización del ideal sea inalcanzable por el momento, no hay que renunciar a su defensa; dejar de hacerlo no sería ético, aun viéndose relegados quienes la llevan a cabo a los márgenes de la sociedad. Camilo, en verdad, ha hecho una demostración de cómo el lenguaje y la inteligencia se han prostituido en sociedad. No obstante, debemos seguir teniendo en la palabra uno de los instrumentos fundamentales de denuncia.

Con nuestro trabajo de investigación no hemos pretendido objetivar a Miguel Espinosa, ni aprehender o delimitar la riqueza de su escritura, tarea

imposible de llevar a término. Nuestro propósito ha sido el de dar cuenta de su capacidad prodigiosa de análisis, de su profundo conocimiento de la realidad, de la infinitud de sentidos que cobran los gestos, las palabras y las acciones cuando son descritas por él, además de la privilegiada visión que del mundo tenía y de la singularidad de su espíritu.

Tras la elaboración de este estudio, tenemos el deber de decir que la nuestra es, simplemente, una de las posibles interpretaciones que puede recibir el texto de *La fea burguesía*, interpretaciones de número incalculable, tantas como lectores se alleguen a la obra. En sus páginas hay una mostración de la realidad, del ser a través del lenguaje. De ahí que podamos considerar *La fea burguesía* de Miguel Espinosa como una obra de arte y un auténtico mito de la realidad, pues, a través de los distintos relatos que la configuran y de los personajes que aparecen en ella, se reitera la esencia de dicha realidad.

Con los cinco relatos que componen “Clase media” y “Clase gozante”, Miguel Espinosa no ha venido a apaciguar conciencias, sino a escandalizarlas. Las palabras del escritor pretenden ser una contundente advertencia acerca del Mal que anida en la cotidianidad y en la norma, y si bien la lectura de la obra nos resulta grata como creación literaria, también provoca en nosotros honda inquietud, por lo que de trascendente y terrible tiene lo que en sus páginas nos ha sido revelado.

Una buena lectura de *La fea burguesía* debería tener como resultado en quien ha sido su lector un deseo, por amor a la verdad, de ir más allá de las apariencias que le cercan a diario.

Ciertamente, hemos sido testigos de excepción de un análisis profundo y preciso de la realidad y del ser humano. Pero no caigamos en el error de creernos libres de toda “mancha”, de considerarnos seres “puros” en oposición a esos burgueses que Espinosa ha descrito y que merecen por nuestra parte una valoración tan negativa, y ante cuyas conductas y actitudes nos alarmamos; ésta es otra trampa de la Actualidad. Nosotros, en mayor o menor medida, también participamos de ella y de sus ritos.

El considerar que toda tentación pertenece al pasado y que, por lo tanto, ha sido ya conjurada definitivamente implicaría no haber comprendido cuál es el auténtico alcance de la Actualidad, su verdadero poder y su carácter atemporal.

No obstante, hemos de valorar muy positivamente el que, al menos, gracias a la lectura de *La fea burguesía* seamos conscientes de la caducidad y banalidad de los ritos de nuestro tiempo, practicados por nosotros en múltiples ocasiones, y que quizá ya empiecen a estar obsoletos; tal es la vertiginosa mutación que sufre el rostro de la Actualidad. Además, ha de reconfortarnos el ser capaces de reflexionar a propósito de nosotros mismos y de nuestra existencia. Mas, no debemos olvidar que nosotros, los lectores y estudiosos de Espinosa, también formamos parte de un presente y que, sin duda, seremos pasado.

Ahora sólo nos queda asumir nuestras íntimas contradicciones y el carácter paradójico del mundo, del que únicamente podemos y debemos dar testimonio y que ha sido aprehendido por el autor de *La fea burguesía* en el aleteo de un insecto que se ha posado sobre una flor. No busquemos, pues, respuestas al misterio y dejemos que prosiga intacto su curso, sin olvidar que cada uno de nosotros también somos parte de él.

